

enseñar á los apóstoles y á asistir á la Iglesia), mancomunó las tres personas en la palabra «hagamos al hombre», interesándose en hacerle, redimirle y enseñarle toda la Santísima Trinidad. Pues como el pecado desemejase con mancha tan fea en el hombre la imagen de Dios, y para reducirse á la semejanza borrada fuese necesario que renaciese del agua y del Espíritu Santo (lavándole el agua y purificándole el fuego); y era mayor obra dejarle sin la culpa contraída, que hacerle de la tierra sin ella, y obra más costosa para Dios deshacer lo que el hombre había hecho en sí, que hacerle del polvo como quiso; — por eso en el bautismo no solo da conjetura de sí la Santísima Trinidad con hablar en plural y decir «hagamos», sino hablando la una de las tres personas, las pronuncia todas tres, diciendo: «Enseñad á todos bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.» Padre á quien ningún sucesor echará del reino (palabras son de san Cirilo Hierosolimitano: *Quem nullus successor ei ejiciet de regno*); que solo, tiene, tuvo y tendrá siempre sucesor sin dejarle; á cuya generacion no precedió matrimonio, porque le engendró en sí mismo, sin haber sido primero el Padre que el Hijo; y de los dos procede el Espíritu Santo, siendo una esencia con el Hijo y el Padre, y tres personas diferentes y un solo Dios verdadero.

Herejes hubo que negaron la fecundidad á Dios, negándole el Hijo. No querían que fuera padre quien lo es de todo; querían estéril para sí y en sí, al que es fecundidad de todos. Y negando el Hijo, negaban el Padre, pues sin hijo no puede serlo; y con el Padre y el Hijo, el Espíritu Santo, que procede de los dos. ¡Oh soberbia sacrilega! Querían que Dios fuese como ellos querían, y no como es. Es Dios monarca supremo, es uno y solo: así lo confesamos, creyendo en un solo Dios verdadero; mas siendo trino en personas, no deja de ser solo, sino solitario. A la primera persona, que es el Padre, se atribuye poder; á la segunda, que es el Hijo, la sabiduría; á la tercera, que es el Espíritu Santo, el amor. ¡Oh misterio retirado más allá del vuelo de los querubines! Es Dios omnipotencia que engendra sabiduría eterna, de quienes procede infinito amor. Bien se ve que esto solo Dios lo es; pues vemos que potencia limitada en unos átomos deste punto de la tierra (á quien nuestra vanidad hace creer que son reinos), engendra ignorancia, de que procede, en vez de amor, enemistad y invidia. Sabiduría, hija de gran poder (no digo de omnipotencia), es parto muy ajeno de la generacion humana: guérfana vive aun la sabiduría limitada nuestra de gran poder que la sea padre. En Dios la omnipotencia es Padre de la sabiduría, que es el Hijo; en los hombres el poder grande es padrastro de la sabiduría: por eso destos dos procede el aborrecimiento, como de aquella omnipotencia y sabiduría el amor, que es el Espíritu Santo, siendo tres personas y un solo Dios verdadero en trinidad inefable.

Es Dios incomprehensible; no lo fuera si le pudiéramos comprender. Antes es este misterio como no podemos entenderle, que como le queremos entender; es fácil á la fe que le cree, imposible al entendimiento humano que le investiga. Para la salud basta saber y confesar que Dios es trino y uno; para averiguar cómo es uno y trino, ningún discurso basta.

A la soberbia siempre se opuso toda la Santísima Trinidad. Déjase persuadir Eva de una serpiente mal hablada; persuádese que será como Dios no obedeciendo á Dios, y obedeciéndola á ella. Solariego es el pecar por comer las mujeres, y dar crédito al peor consejo, y ser golosas de lo que las vedan, y persuadir á sus maridos á lo que las persuaden; gobernarse por lo que oyen y por lo que ven, y dar crédito á la hermosura y parecer agradable. (1) «Vió la mujer que era bueno el árbol para comer, y hermoso á los ojos y delectable en la forma, y comió y dió á su varon que comiese, y comió; y abrieron los ojos entrambos.» Bien se conoce que Eva juzgó que el árbol era bueno para comer y hermoso á los ojos, á ojos cerrados; que pues ella y Adán los abrieron despues de haber comido, no hay duda que los tenían cerrados al verdadero conocimiento. Pues como este pecado fué de soberbia, por querer ser como Dios, dijo al castigarlos y echarlos del paraíso (con ironía que castigaba su presuncion): «¿Veis que Adán ha sido hecho como uno de nosotros!» refiriéndose al Hijo y al Espíritu Santo, pues no hay otros por quien lo pudiese decir. Así lo siente el bienaventurado y doctísimo Ruperto: que como la soberbia ofende la omnipotencia que compite, y la sabiduría de Dios que pretende, y deja por el amor propio el Espíritu Santo, que procede de los dos, — siempre se le opondrá como ofendida en sus tres personas toda la Santísima Trinidad. ¿Quereislo ver repetido para conocer es estilo de la divina Justicia? Fué tan desacordada y sacrilegamente furiosa la soberbia de los de Babilonia, que osaron trazar, para estar pared en medio del cielo, una torre que á fuerza de tierra y cal, señoreando con desprecio el vuelo de las aves y desdeñando la alteza de las nubes, pasando triunfante por la region del fuego su estatura, pudiese su capitel hacer medrosa vecindad á la luna. Vió Dios la malambiciosa arquitectura de su delirio, y dice el texto sagrado: *Descendit autem Dominus, ut videret civitatem et turrim, quam aedificabant filii Adam*; «Descendió pues el Señor para ver la ciudad y la torre que edificaban los hijos de Adán.» Claro está que á la vista de Dios no la cansan distancias, y que para ver la torre y la ciudad no había menester bajarse. Creedme que nadie derriba más fácilmente al que sube que el que desciende, y al que se levanta que el que cae. Levantóse la soberbia estatua que vió Nabuco, desde el lodo de sus piés, por todos los metales hasta el oro; y una guija que cayó de un monte, sin manos la derriba. Que para derribar al soberbio que se levanta, no es menester tener manos, sino caer. «Descendió el Señor para ver la torre y la ciudad que edificaban los hijos de Adán, y dijo: Veis que el pueblo es uno, y un labio el de todos; empezaron á hacer esto, y no desistirán de sus intentos hasta que los cumplan con la obra; venid pues y bajemos, y confundamos allí sus lenguas.» En plural habla Dios: «Venid y bajemos,» dijo. Claro está que no lo trataba con los ángeles, que no había menester consultarlo, ni por consejo ni por socorro. Era pecado de soberbia, que provoca á toda la Santísima Trinidad; trátalo con el Hijo y el Espíritu Santo en sí, que en la unidad de la esencia es tratarlo consigo solo.

(1) Gene. iii. (Al margen.)

Es muy importante esta doctrina del peligro que tiene el que sube en el que desciende, y del que se levanta en el que cae. Hágoos recuerdo de las palabras ansiosas de Isaías, en el cap. 64: *Utinam dirumperes coelos, et descenderes*; «Ojalá rompieras esos cielos y descendieras.» ¿Para qué, evangélico profeta, deseáis que bajen apresurado Dios, que para bajar rompa los cielos? ¿Para qué? También se dió prisa en decirlo: *A faciet tua montes defuerent*; «Derritiéranse en tu presencia los montes.» Por los montes entiendo los soberbios (dejo que muchos entienden esto de la venida de Cristo); ¿ois cómo para que caigan los soberbios pide que descienda Dios? Cuando los montes (1) suben descollados, embarazando la region del aire, á introducir los robres con las estrellas en tan descortés comercio con las lumbres eternas; el rayo que baja, á quien su atrevimiento sale al camino, los castiga y enciende en padrones del escarmiento. Y entendiéndolo de Cristo, ya se ve que bajó á la tierra, del cielo, y esto á derribar la soberbia del pecado, que le tiranizaba el mundo; aun desde la tierra tuvo más que bajar, que fué á los infiernos, donde bajó á castigar la soberbia de aquella noche melancólica que se levantaba con las almas de los santos padres. ¡O frenética y mal ciega soberbia, que creces para crecer tu precipicio, que te aumentas para despeñadero de tí propia! necia, ¿qué esperas? ¿Que la que de los serafines hizo demonios, y de las llamas esclarecidas del cielo tizonas, que de los hombres hará ángeles? Tienes, soberbio, en tu oposicion á toda la Santísima Trinidad, ¿y prosigues obstinado, y porfiás contumaz? Desdichado de tí, que obligas á Dios á que baje porque subes, para que caigas porque desciende.

Engacemos este trozo moral con nuestro evangelio. Dícele Cristo á sus discípulos: «Id, y enseñad á todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándolas á guardar todo lo que os mandé.»

¿Qué mandó á los suyos? Lo primero que aprendiesen dél: *Discite à me, quia mitis sum, et humilis corde*; «Aprended de mí, porque soy manso y humilde de corazón.» Entrambas son las dos cosas que más rigurosamente se oponen á la soberbia; y por ellas dice que aprendan del Señor. No hay otras más reales virtudes (digámoslo así) en el Hijo de Dios, que mansedumbre y humildad de corazón. No parecen virtudes reales: «la mansedumbre segura es, mas sirve,» Séneca lo dijo. Pues ser uno humilde de corazón, en el mundo contagio tiene de vileza; no parecen propiedades dignas de corona inmortal. Hombre humilde decimos, para decir bajo y vil. Empero á la verdad hablamos como vivimos, y la frasi más confina con sacrilega que con elegante. Ningunas virtudes son tan patrimoniales de la majestad como humildad y mansedumbre. ¿Quereislo ver? ¿Qué pretenden los ánimos generosos? ser exaltados. Pues eso la humildad sola lo consigue. Oid este aforismo de las medras y vituperios: *Qui se exaltat humiliabitur, qui se humiliat exaltabitur*; «Será humillado quien se exalta, será exaltado quien se humilla.» Pues la mansedumbre hasta en los rios es señal de grandeza, de abun-

(1) que suben (El autógrafo.)

dancia y de fondo. No así las cóleras ruidosas de los arroyos, que precipitados por guijas, con el estruendo que amenazan el oido, pronuncian el corto caudal que tienen, pues se rompe en las piedras y guijas, por donde en alta corriente se deslizan los rios mudos y pacíficos. Son dos virtudes en que se afirma la caridad, sin la cual ninguna virtud lo es: quien es manso y humilde de corazón ama á Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como á sí mismo, en que se cierran los diez preceptos. No puede ser soberbio quien fuere aprendiendo de Cristo humilde y manso de corazón. Y porque no siéndolo no tendrá en su oposicion, para su castigo, á toda la Santísima Trinidad, — por eso hoy la persona del Hijo dice á los suyos que enseñen lo que les mandó que aprendiesen de él.

Instituye el bautismo, y antes de instituirle dice que vayan y enseñen á todas las gentes, bautizándolos en el nombre (no en los nombres, por la unidad de la esencia) del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Y despues dice: «Enseñándolos á guardar todo lo que os mandé.» Es el Hijo que nos declara el misterio, la Sabiduría, y es su oficio enseñar; por eso repite dos veces que enseñen lo que aprendieron dél y lo que los ha enseñado. Luego prosigue diciendo: «Y veis que yo estoy con vosotros hasta la consumacion del siglo.» Esta promesa, mejor diré esta merced, parece la debiades pronunciar el día que os sacramentastes, pues por la Eucaristía (que se interpreta bien de gracia) vemos que cada día estáis realmente con nosotros y en nosotros, y creemos que estaréis hasta la consumacion del siglo. Mas ahora se entienda de vuestro cuerpo y sangre sacramentados, como algunos quieren, por ser así, ú de l'asistencia vuestra, — estas postreras palabras son del día de hoy, en que despues de resucitado, instituyendo el bautismo, nos expresastes el inefable misterio de la Santísima Trinidad.

¿Cuál entendimiento no queda absorto en éxtasi gozoso oyendo estas palabras: «¿Veis que estoy con vosotros todos los dias hasta la consumacion del siglo?» Y á raíz destas palabras, os vais al Padre en ascension triunfante; y parece que, segun lo que hicistes, subiendo al cielo, debiérades decir: «¿Veis que yo, que estoy con vosotros, me voy este día.» No es dado á los oidos y á los ojos juzgar de vuestras obras y de vuestras palabras. Claro está: decis que estáis, y vais; oimos asistencia, y vemos ascension. Ven los ojos accidentes de pan en el color; y es cuerpo vuestro, y no pan, lo que se recibe. Los sentidos que no tienen por asesor á la fe, nada juzgan bien. Ahora entiendo que fué severa reprehension á vuestros discípulos aquella voz que dijo, cuando os miraban subir á los cielos, espantados: «¿Varones de Galilea, ¿por qué mirando al cielo estáis admirados?» Pues habiéndoles vos dicho que os quedáades con ellos todos los dias hasta el postrero sol de la vida del mundo, no os habian de mirar como hombres que se quedaban sin vos, sino como á rey eterno que se iba al cielo aquel día, quedándose con ellos todos los dias en la tierra.

El bienaventurado Ruperto (de quien graves autores afirman escribió con iluminacion celestial) dice que el tesoro escondido en el campo, que se lee en el Evangelio, es el misterio sacrosanto incomprehensible de la Santísima Trinidad; y que el campo donde estuvo es-

condido fué el Testamento Viejo. Estuvo oculto en los lugares que hemos referido, y en el Génesis, al principio, en aquellas palabras: *In principio creavit Deus coelum et terram*; donde por la palabra *Dios* en hebreo se lee *eloim*, «dioses», en plural, y en este plural esconden las personas; y en el verbo *crió*, singular, la unidad de la esencia. Dejo si hay ó no *helo* en singular, y si este nombre *eloim* significa «jueces, ángeles, príncipes y dioses.» Contradice por el rigor de la lengua un impío, docto en ella, de nuestros tiempos, que tenga esto misterio; si bien con prolijidad devota lo defiende el agudísimo doctor y maestro en teología, Silvestre de Prierio, de la sagrada religion de predicadores, en su libro cuyo título es: *Rosa aurea*, en el primero sermón desta fiesta. Estuvo escondido este tesoro en la palabra *Spiritus Domini ferebatur super aquas*; por quien el gran Ruperto entiende el Espíritu Santo. Y en el psalmo 1 le vemos menos oculto con su propio nombre: *Spiritum Sanctum tuum ne auferas á me*; «El Espíritu Santo tuyo no le quites de mí.» ¿Quién duda que en David, á quien podemos llamar profeta evangelista, habia de estar con algunas más señas oculto? Mostró magnificencia de rey en no regatearnos tanto este tesoro, pues en él se leen las tres personas con sus propios nombres: aquí el Espíritu Santo; en el psalmo 11: *Dominus dixit ad me: Filius meus es tu, ego hodie genui te*; «Díjome el Señor: Tú eres mi Hijo, hoy te engendré.» No hay parte en todo el campo del Testamento Viejo, pudiera decir renglon, donde no se reconozca hoy que estuvo enterrado este tesoro. Léase todo el tratado del santo abad Ruperto, *De glorificatione Trinitatis*, y la epístola decretal del papa Alejandro I despachada á todos los cristianos ortodoxos en tiempo de Trajano Augusto, y creo no se tuviera á arrojamiento haber dicho que estuvo escondido en todas las palabras de aquel campo. ¿Quién pues lo pudo descubrir en la ley de gracia, sino el Hijo, segunda persona de la misma Trinidad, cuyo Espíritu lo habia escondido en la ley vieja, en los profetas, santos padres y patriarcas, reyes y sacerdotes? Pues si fué tan alto tesoro, que para descubrirle fué menester que se hiciese hombre el Hijo; descubierto, (1) no le habia de dejar sin su asistencia entre los hombres; y por eso hoy, que le descubre en las palabras del bautismo, dice que está con los hombres todos los días hasta la consumacion del siglo. Tesoro tan grande, que sin alcanzarle el entendimiento le goza la fe con los ojos cerrados, necesariamente para alentarla requeria la asistencia eterna de la persona de Cristo, Hijo de Dios. Esta gozamos cada día en el santísimo sacramento de la Eucaristía, donde, como dicen los teólogos, están por concomitancia el Padre y el Espíritu Santo con el Hijo.

Fuerza es tratar por qué sacramentó Cristo su carne y su sangre. Dejo lo que otros dijeron, venerándolo; arrojome á lo que se me ofrece, y si lo docto no excusare mi pensar de arrojamiento, valdrá el sagrado de lo devoto y pio. Digo que Cristo nuestro Señor se sacramentó por ser su cuerpo y su sangre de las entrañas de la Reina de los ángeles, nuestra Señora, María siempre virgen y madre. Hasta ahora he hablado de la Trinidad, y solo ahora temo que, como se dice, diréis que empiezo

(1) descubierto, (El autógrafo.)

á meterme en trinidad; y diréis bien, pues he de probar que esta Señora es el libro donde primero se descubrió este misterio. Dar á la Madre de Dios y concederla cuantas prerogativas fueren posibles, mal se podrá llamar prodigalidad, siendo deuda; regatearla alguna, miseria será feamente descortés. ¿Qué cosa habrá que no se deba á quien debemos á Cristo? ¿Qué no cabrá en quién Dios cupo, si no es mancha ó señal de culpa? Antes fué misteriosa en esto la duda de santo Tomás, si la tuvo, que poco afecta. Para que fuesen iguales la Madre y el Hijo, dudó el un Tomás en el Hijo y el otro en la Madre; y como el uno dudó para que todos creyesen, el otro dudó para que todos afirmasen que sin duda no tuvo mancha original en su concepcion. Digo pues que Cristo sacramentó su cuerpo porque era de la sangre y entrañas de María; porque, como el primero hombre pecó para todos por lo que le dió la mujer, así todos los hombres se guareciesen con lo que de la mujer tomó Cristo, comiéndolo en la hostia como él en la fruta. Y por eso cuando al pié de la cruz la vió á su lado, la llamó mujer, y no madre; para que viesen que lo que destruyó la mujer que salió del lado del primer hombre, lo restauraba la que estaba al lado del hombre y Dios. Quiso tanto á María santísima, que no solo vivo mostró la diferencia que habia de ella á Eva, sino que muerto, porque Eva salió de la costilla de un lado que Dios abrió á Adán durmiendo, permitió que con una lanza le abriesen el costado, de donde salió sangre y agua; porque se viese que el bautismo que lava el pecado, que indujo la que salió del lado de Adán, manaba del lado del cuerpo de Cristo, que habia tomado de María.

Traido habemos la asistencia de cada día, que hoy nos promete el Hijo de Dios, al misterio del bautismo en la sangre y el agua del costado. Antes que Dios, para mortificacion de la soberbia, que de verse tan grande y tan hermoso en su variedad (a) el mundo, le criara de nada; y antes que por esos golfos de luz descogiera esas campañas transparentes, y antes que encendiera con su palabra el sol, para que en hervores de oro ardiese el día; antes que escribiese con imágenes de fuego su gloria en esos ocho volúmenes de zafir; antes que á las cóleras del aire las diese aliento para que en abrazo líquido sostuviese en fil el peso de la tierra; y antes que aprisionase en la orilla las impacencias del mar, para que tan revoltoso elemento obedeciese la ley escrita en la arena; y antes que criara toda la esclarecida milicia de espíritus angélicos,— era Dios trino y uno; era un solo Dios, mas Dios no estaba solo: siempre el Padre engendraba al Hijo, siempre del Padre y del Hijo procedió el Espíritu Santo. Estaba Dios donde solamente puede estar, que es en sí. Admirad las palabras de Tertuliano (2): *Ipse sibi locus, et mundus*; «El se era á sí lugar y mundo.» Dirélo de otra manera: era Dios huésped y hospedaje de sí mismo. Hay hombres tan asidos á estas criaturas que vemos, que les parece que antes de criarse, y sin ellas, estaba Dios solitario y pobre de familia. ¡Oh cuán densas son las cataratas de la ignorancia! Pudo una virtud idólatra y una sabiduría anohecida

(a) tiene

(2) Tertullianus, contra Praxeam, 6, 5. (Al margen.)

blasonar en Sócrates «que nunca estaba menos solo que cuando estaba solo», y se lo creyeron; y duda el mal curioso, de Dios que pueda con decencia estar solo, quien solo es, y por quien todo es. Pudo el otro filósofo saliendo, no solo sin hacienda, sino desnudo, responder á los que le preguntaban que cómo iba sin sus bienes, responderles, fiado en su entereza de ánimo: «Conmigo llevo mis bienes todos;» ¿y habrá á quien (1) parezca que á Dios solo, en sí antes de todo, le hacia falta esta máquina cuyo antecesor fué la nada, que indigesta tuvo al caos por vientre, de quien fueron primeras habitadoras las tinieblas: *Et tenebrae erant super faciem abyssi*; «Y las tinieblas estaban sobre la cara del abismo?»

Osan otros, enmascarando de pregunta su atrevimiento, preguntar: ¿Qué hacia Dios solo y en sí, tan inmensos espacios que precedieron á la creacion de todo? Pudiera responderles con las palabras de san Agustín: *De Deo, etiam vera dicere periculosum est*; «De Dios, aun el decir verdad es peligroso» (ó porque no se dice todo, ó no se dice bien); ó exclamar con el Apóstol: «¡Oh altura de las riquezas de la sabiduría y sciencia de Dios! ¡Cuán incomprendibles son sus juicios é investigables sus caminos! ¿Quién conoció el intento del Señor, ó quién fué su consejero, y le dió antesu parecer? y se lo agradeceremos á él.» Empero siendo esto así, es forzoso hacer cara con alguna razon á esta demasiada curiosidad. Digo que Dios estaba engendrando en sí su Hijo, que es su sabiduría, y del Hijo y el Padre estaba procediendo el Espíritu Santo, que es el amor. Pues mirad si la omnipotencia en el Padre, y la inefable sabiduría en el Hijo, y el amor infinito en el Espíritu Santo, tenían soberana ocupacion en amarse y entenderse, no pudiendo sino es en sí ejercitar infinito amor, inmensurable sabiduría y omnipotencia investigable. En una eternidad tan sin principio difirió Dios trino y uno el descoger de la nada esos cielos, criar la luz y conglobar della esa masa del sol, que sirve de corazon al mundo; de animar los vientos, de retraer los abismos del agua á los senos del mar, de afirmar la pesadumbre de la tierra en las raridades del aire, de criar los ángeles, de hacer al hombre, porque se viese que no hacia esta fábrica visible para tener compañía, ni república, ni ocupacion, ni séquito. Hizolo y criólo porque es sumo bien, y porque el ser comunicable es de razon de bien. Y todo esto lo hizo el Padre con el Hijo; por eso dice: *In principio creavit Deus coelum et terram*; «En el principio crió Dios el cielo y la tierra.» Por el principio se entiende el Hijo, que es la sabiduría; y así lo que hizo con él, lo reparó con él; de manera que siempre Dios fué uno en esencia y trino en personas.

Ya hemos dicho que este misterio es el tesoro escondido en el campo, y que este campo fué todo el Testamento Viejo; y que se descubrió en el Nuevo, bajando á eso la persona del Hijo (enviada del Padre), que despues envió al Espíritu Santo. Y de la misma suerte que el tesoro deste misterio altísimo no estuvo escondido en una ó dos partes del Testamento Viejo, sino casi en todas, como queda dicho; así se manifestó en todo el Testamento Nuevo. ¿Qué evangelio se predica en que

(1) le (Medio borrado en el autógrafo.)

Cristo no hable de su Padre? ¿Cuán frecuente es esto en el Hijo! En su concepcion no solo se nombran el Padre y el Espíritu, sino que obran. Dice el ángel á la siempre virgen: *Spiritus Sanctus superveniet in te, et virtus Altissimi obumbrabit tibi*; «El Espíritu Santo sobrevendrá en tí, y la virtud del Altísimo te obumbrará.»

Esta fué la primera vez que se manifestó el misterio de la Santísima Trinidad. Mirad cuánto debemos á la Reina de los ángeles, y cuál fué su merecimiento, que para que concibiese al Hijo, la obumbra y asiste el Padre, que le invia, y sobreviene en ella el Espíritu Santo. Carguemos la consideracion en los efectos deste misterio. Dícela el Angel: «Dios te salve, María, llena de gracia, el Señor es contigo, bendita entre las mujeres.» La cual, oyéndolo, fué turbada en su razonamiento; no sabia cuál era esta salutacion. Veis que oyendo que era llena de gracia, y que el Señor era con ella y que era bendita entre las mujeres, se turba y no sabe qué salutacion era, y obliga al ángel á que la diga: «No temas, María; porque hallaste gracia acerca de Dios.» Angélico aforismo es, que no tema quien halla gracia cerca de Dios, en quien solo hay seguridad. «Ves que concebirás en el vientre un hijo, y su nombre será Jesus; este será grande, y se llamará Hijo del Altísimo; y darále el Señor Dios el trono de su padre David, y reinará en la casa de Jacob eternamente, y su reino no tendrá fin.» Y con todas estas prerogativas y señas que la da en nombre de Dios el ángel, cuando no se turba ni teme ni duda, pregunta el modo: «¿Cómo será esto? porque no conozco varon.» Respondió el ángel: «El Espíritu Santo sobrevendrá en tí, y la virtud del Altísimo te obumbrará; y por esto lo que de tí naciere santo, será llamado Hijo de Dios.» Luego que oyó descubiertamente el misterio de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, dió el sí, diciendo: «Ves la esclava del Señor; hágase en mí segun tu palabra.» De suerte que la primera criatura á quien se manifestó el misterio de la Santísima Trinidad fué á María siempre virgen; y fué ocupacion de todas tres personas, y sola Hija del Padre, Madre del Hijo, Esposa del Espíritu Santo; pues la Palabra del Padre fué concebida por la obra del Espíritu Santo: de manera que María es libro donde se estudia este misterio inefable de palabra y de obra. Llámala el ángel llena de gracia, antes que dé el sí y conciba, para mostrar que en ella no habia instante primero ni segundo sin gracia; no se pudo llamar llena de gracia, la que no se pudiese llamar sin pecado á boca llena. No es ofensa al Doctor ángel seguir, no la opinion, sino las palabras afirmativas del Angel embajador enviado de Dios, que si pudo como Dios preservarla, quiso como Hijo encarnar en las entrañas virginales por obra del Espíritu Santo.

Y esta carne y esta sangre de que se formó el cuerpo de Cristo, con asistencia del Padre y por obra del Espíritu Santo; que habia de ser escarnecida, y escupida y crucificada en su pasion,— antes de ella, en la cena la sacramentó en los accidentes de pan y de vino. Piadosamente juzgo que esta anticipacion á sus afrentas miró al decoro que se debia á las entrañas de su Madre, de donde la tomó, sin la culpa por que padeció despues con ella; y para que, pues el manjar que

recibió Adán de la mujer fué muerte, la carne y la sangre que él recibió de la mujer y su Madre santísima fuese vida en manjar; disponiendo que en este sacramento se cumpliera lo que hoy ofrece á los suyos: que estará con ellos todos los días hasta el fin del mundo.

Veis aquí que con el misterio de la Santísima Trinidad, para ser concebido y hacerse hombre, baja el Hijo del cielo á la tierra; y para subir de la tierra al Padre, despues de la resurreccion, se despide con él en el bautismo.

¡Oh Padre eterno de eterno Hijo, que siempre fuiste Padre del que siempre fué Hijo! ¡Oh Hijo de aquel omnipotente Padre que ni fué primero ni más anciano! ¡Oh Sabiduría que engendró en sí la Omnipotencia sábia, igualmente omnipotente! ¡Oh Espíritu Santo, que procedes de Padre y de Hijo, sin principio, porque no le tienen, sin fin, porque no le conocen; que procediendo de los dos, de ninguno de los dos eres precedido; que siendo la tercera persona, que procedes de la primera y de la segunda, eres un solo Dios con ellas! ¡Oh misterio de uno que es tres, y de tres que son

uno, donde la aritmética no sabe de sí, y se ve tan alcanzada de cuenta, que acude á la fe por doctrina, pues ella sola, creyendo en este misterio, ajusta la regla de tres! ¡Oh Virgen, cuyos piés calza la luna para no padecer menguas, para inhibir las tinieblas; á quien viste el sol, para vestirse de luz y gozar inmunidad de eclipses; á quien coronan estrellas, para crecer en soles! ¡Virgen para ser madre; y siendo madre virgen, para que los asombros de la gracia admiren las presunciones de la naturaleza! ¡Templo divinamente humano de la Santísima Trinidad, donde el Padre asiste con la omnipotencia, donde el Hijo se cierra con la sabiduría, en quien el Espíritu Santo obra con el amor! Pues á tí, Señora, acudimos en la salutacion, con tu propia salutacion por la gracia; á tí hemos de acudir, para que con ella en esta vida, podamos conseguir la gloria en la otra, que el Padre nos dispuso con enviar á su Hijo, para que por obra del Espíritu Santo lo fuese tuyo: tres personas y un solo Dios verdadero, que viven y reinan por los siglos de los siglos. Amen.

FIN DE LAS HOMILIAS Á LA SANTÍSIMA TRINIDAD.

DECLAMACION DE JESUCRISTO,

HIGO DE DIOS,

A SU ETERNO PADRE,

EN EL HUERTO;

A QUIEN CONSUELA, ENVIADO POR EL ETERNO PADRE, UN ANGEL. (a)

TEMA.

Tunc venit Jesus cum illis in villam, quae dicitur Gethsemani, et dixit discipulis suis: Sedete hic, donec vadam illuc, et orem. Math., xxvi, (1) 36.

ANTÍDOTO.

Por haber Martin Lutero, veneno destes tiempos y peste nacida en Sajonia, y sus secuaces los antimarianitas profanado esta tristeza de Cristo en aquellas palabras: *Si possibile est, transeat à me calix iste*, — juzgo forzoso el declarar cómo en buena teología, temiendo la muerte, no la rehusó.

Hay *volicion absoluta y condicionada*; términos son escolásticos, como si dijésemos: querer absoluto y condicionado, que compadeciéndose con él, puede ser capaz de tristeza y sentimiento. No de otra suerte el mercader que no puede rescatar el bajel y su vida de la borrasca, sino es arrojando al mar su hacienda, la arroja con volicion absoluta por salvarse; y en la misma accion y tiempo, con volicion condicionada, quisiera no perder su tesoro. Así en Cristo habia absoluta voluntad de recibir la muerte, la cual pronunció con aquellas palabras: *Fiat voluntas tua*; y juntamente la volicion condicional que se oyó en estas: *Si possibile est, transeat à me calix iste*.

CONSIDERACION LITERAL.

Jesucristo, que cuando se apartó de sus discípulos para orar les mandó que velasen, oró tres veces, y

(a) Escrita parece estando frescas aun las ideas de la precedente homilia.

Oracion que Cristo nuestro Señor hizo á su Padre en el huerto, retula este rasgo el sobrino de QUEVEDO, en el prólogo de *Las tres musas últimas castellanas*.

Copia ninguna he visto del siglo xvii; habiéndome sido por lo tanto forzoso atenerme á la malísima de don Juan Isidro Fajardo, hecha en 1724 (Biblioteca Nacional, códice M 277, folio 184).

Don Antonio Valladares de Sotomayor la sacó á luz, poco más esmeradamente, año de 1787, en el tomo vi, pág. 246 de su *Semanario erudito*.

(1) Lucas, 22; Marc., 14; Joann., 28.

ESCRIBIÓLA DON FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS, CABALLERO DEL ORDEN DE SAN JACOBO.

Sub correctione Sanctae Catholicae Romanae Ecclesiae. (El manuscrito y el impreso.)

tres veces volvió á reconocerlos; y los halló durmiendo; y en Pedro solo, como en la cabeza, reprehendió el sueño de los demás. Y habiendo ya concluido con su Padre la ejecucion de su muerte, les dijo: *Dormite jam, et requiescite: ecce appropinquavit hora, et Filius hominis tradetur in manus peccatorum*; dándoles á entender que sola su muerte les puede guardar el sueño, y sola su pasion el descanso. Cuando les dijo: «Dormid ya y descansad,» no lo dijo porque durmiesen, pues consecutivamente añade: *Surgite, eamus: ecce appropinquavit qui me tradet*. El sentido de aquellas palabras, *dormite jam*, con las mismas lo declara el modo de hablar español: que cuando alguno que estaba cuidadoso queremos asegurarle de su temor, decimos que ya puede echarse á dormir. Ya habia despedido de su humanidad, con haber concluido el despacho de su muerte, la agonía y la tristeza. Ya estaba alegre, pues no solo aguardaba al que le viene á entregar y á los que le han de prender, antes con alborozo se da prisa á salirlos á recibir. Esto fué cumplir su palabra. Antes de apartarse dellos para orar les dijo: *Tristis est anima mea usque ad mortem*. No dijo que la muerte ni el morir entristecian su alma, sino que su alma estaba triste hasta la muerte; como si dijera que la amaba tanto, que hasta verse en ella estaria triste. Por eso en concluyendo este tratado con el Padre cesó la congoja.

Mas, pues estaba determinado *ab-aeterno* que habia de encarnar y morir como hombre, ¿qué pudo añadir al decreto eterno la consulta del huerto? No la resolucion, que como Dios con el Padre habia acetado; sino las circunstancias, que ya como verdadero hombre calificasen por suya la obediencia, testificando las ansias la humana naturaleza; y para que como la divina obró tan prodigiosa maravilla en tomar carne humana, la humanidad, temiendo como mortal por sí y por su madre, no solo muerte sino la más afrentosa, saliéndola á recibir, hiciese como en competen-